

## Contribuciones

# Una mirada retrospectiva de la antropología del trabajo en México

**Victoria Novelo O.**

CIESAS CONACYT  
novelopen@hotmail.com

En 1974 me titulé como etnóloga con especialidad en antropóloga social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia con una tesis sobre los procesos artesanales de trabajo y sus protagonistas y lo que significaban dentro del capitalismo mexicano. Fue a partir del año 1978 que la inquietud por conocer más de cerca a los obreros industriales empezó a tomar forma académica. Con Juan Luis Sariego, entonces ambos investigadores del Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CIS-INAH) antecedente directo del hoy CIESAS, escribimos una evaluación de la bibliografía existente en México sobre asuntos obreros. Eran años de insurgencia sindical y de respuestas represoras a las demandas de los trabajadores por lo que nos pareció pertinente reflexionar qué era lo que la ciencia social mexicana había logrado desentrañar sobre los procesos donde el sector obrero era el protagonista principal, en la ofensiva o en la defensiva.

De nuestra evaluación concluimos que si bien desde la sociología, la economía y la historia existían estudios, poco había sobre el proceso de proletarización, sobre las formas diferentes en que los obreros se integraban a las industrias con grados diversos de evolución técnica y, en general, sobre los procesos de trabajo. Varios aspectos del mundo obrero permanecían hasta entonces prácticamente intocados por las ciencias sociales de México y menos por la antropología: el referido a las condiciones de salud de los obreros; el de la situación del trabajo femenino; el de las prácticas cotidianas de vida y lo que nosotros, antropólogos, llamamos la cultura obrera entendida como las



situaciones reales de vida de trabajo, familiar, social y sindical con sus implícitas visiones del mundo, valores, símbolos, prácticas así como sus expectativas de futuro.

Igualmente, la imagen del obrero como productor era parcial si a ella no se le sumaba su situación como consumidor, no sólo como referencia obligada cuando se analizaba la reproducción de la fuerza de trabajo en su aspecto físico, sino las formas de reproducción de ideología y de modo de vida que finalmente influirían en su vida de trabajo y por tanto en su imagen de la sociedad, presente y futura. Y algo importante que desde entonces nos afligía: las investigaciones sobre las condiciones reales de la clase obrera o sus fracciones no podían darse si no existía una presencia que exigiera ese tipo de conocimiento, es decir, si los obreros no demandaban sus intelectuales. Si existía ese llamado o exigencia la investigación dejaría de ser una actividad meramente académica para convertirse en una necesidad práctica-política.

De entonces hasta los primeros años de la última década del siglo XX investigué e investigamos y publicamos nuestros resultados como miembros de ese grupo que era conocido como de “antropología del trabajo” compuesto por antropólogos líderes y becarios que hacían sus tesis. Distribuidos en equipos de trabajo en varias partes del país, desarrollamos proyectos sobre mineros del cobre y del carbón, sobre los obreros de las empresas estatales en la siderurgia, los automotores, construcción de carros de ferrocarril y vagones del Metro, petroleros, obreros del calzado, sobre artesanos, sindicalismo, arqueología de la industria y comenzamos a hablar de cultura obrera, siempre con el eje de los procesos de trabajo como referencia central de las investigaciones.

Fue una época muy rica en experiencias; varios sindicatos nos pedían conferencias, la Escuela Nacional de Antropología abrió la especialidad de antropología del trabajo, y también, en mi caso, nació la inspiración para hacer una exposición en el Museo de Culturas Populares titulada “Obreros somos” que realicé con un excelente equipo de becarios. Fue también la primera experiencia de la antropología del trabajo, como disciplina académica, en vivir un proceso de traducción del conocimiento adquirido en nuestras investigaciones básicas para convertirlo en material de divulgación de la ciencia para un público amplio que podría informarse de procesos sociales de los cuales sabía poco o nada. La exposición atrajo a miles de personas durante varios meses y algunos miembros de sectores obreros --como los fabricantes de automóviles, de la electricidad, de la industria papelera, ferrocarrileros-- y otros participaron en la museografía de la exposición y como autores en los concursos de relatos y canciones de obreros. Esa experiencia nos concientizó en la

necesidad de producir documentos de investigación inteligibles y en lenguajes diversos para su amplia difusión y divulgación y desde entonces comencé a producir materiales audiovisuales para televisión, además de seguir participando en exposiciones.

El grupo del CIESAS no fue el único que participó en la construcción de la nueva especialidad de la antropología. Se formaron seminarios y grupos de trabajo en temas sobre la clase obrera en la Universidad Iberoamericana, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Veracruzana, El Colegio de México, el Colegio de la Frontera Norte y así surgieron investigaciones que poco a poco comenzaron a llenar los huecos en el conocimiento de la clase obrera mexicana. Nuevos tipos de trabajadores y trabajadoras empezaron a ser estudiados y se ampliaron las discusiones teóricas sobre las perspectivas diferentes de investigación. En la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), nacería también una vigorosa Sociología del Trabajo que se encauzaría por nuevas temáticas. Unos años más tarde, ya en el siglo XXI y en la Universidad Autónoma de Yucatán, se creó la maestría en antropología del trabajo que desafortunadamente no duró muchos años.

Aunque los estudios de antropología del trabajo siguen realizándose, el ritmo es más lento y no tiene la beligerancia de los años anteriores. ¿Será por las actuaciones, más bien grises, de los obreros estratégicos actuales en la sociedad mexicana a pesar de los enormes problemas que enfrentan en muchos aspectos de su vida? En la minería, por ejemplo, en su nueva fase de inversión extranjera, predominantemente canadiense, ha generado grandes protestas por despojo de tierras, envenenamiento de ríos con materiales peligrosos, accidentes con grandes pérdidas humanas sin investigar, enorme extracción de agua especialmente en el norte del país, no ha recibido de la intelectualidad estudiosa de la situación obrera la misma efervescencia característica de los primeros veinte años de investigaciones y publicaciones de la especialidad en antropología del trabajo. Percibo una debilidad actual del compromiso militante que exigiámos de la ciencia social. La tragedia de Pasta de Conchos, Coahuila, donde en 2006 murieron 65 mineros atrapados por una explosión en una mina de carbón, fue un evento muy doloroso. Y han pasado más de diez años y los restos de los mineros no han podido ser rescatados por la falta de humanidad y total irresponsabilidad de la empresa carbonífera. La estafeta de acompañamiento a los movimientos de protesta ha pasado a un nuevo tipo de asociaciones, familiares de los mineros, grupos indígenas que reivindican su

derecho a los territorios ocupados por industrias, ciudadanos inconformes con la carencia de agua en las ciudades, y así por el estilo.

El grupo original de antropología del trabajo resultó también en un semillero de antropólogos. Los fundadores seguimos insistiendo en que las nuevas generaciones continúen los caminos abiertos, los ensanchen y diversifiquen en el gran tema de los estudios del trabajo que en las sociedades actuales continúa siendo el eje organizador de la vida. En mi caso personal, he regresado a mis temas primarios; mi última investigación tuvo como sujetos de estudio a los artesanos de oficios en el centro histórico de la ciudad de México que me resultó muy importante para reconocer, una vez más, la heterogeneidad de los trabajadores en mi país, y la increíble creatividad y permanencia del sector artesanal al que, no está de más decirlo, alguna vez pertencí.